

*Leer en tiempos de crisis*  
**HUGO VARGAS**

En dos meses los protagonistas y las expectativas han cambiado en el campo de la educación y la cultura. Simultáneamente se desarrollaron dos acontecimientos que afectaron, para bien y para mal, las posibilidades de desarrollo en este campo.

El primero fueron las por sabidas negadas consecuencias del proyecto económico emprendido hace años. El segundo y coyuntural fue el affaire Alzati, no sólo porque su remoción produjo movimientos importantes en el gabinete original, también por lo que se dirimió ahí: ante el estupor y luego la soma con que reaccionó la comunidad académica y científica, quedó claro que la labor educativa y la promoción de la cultura no deben pasar por la mentira y la corrupción.

Miguel Limón Rojas, el nuevo secretario de Educación —y sexto en siete años— dio a conocer los recortes al presupuesto original, pero a ello habrá que sumarle el efecto devaluatorio por lo que la SEP deberá trabajar con 40 por ciento menos de recursos financieros para este 1995 (algo similar pasará con los recursos del Conaculta) y todo ello repercutirá drásticamente en la labor editorial y de promoción cultural del Estado, las universidades y los centros de investigación, cuyo peso en títulos publicados no es poco, y en difusión de la cultura es vital.

Ya los diarios han recogido las opiniones de diversos editores. Desde el Fondo de Cultura Económica, hasta Editorial Diana, pasando por el grupo Santillana, Planeta, Siglo XXI, Plaza y Valdés, la Cámara Nacional de la Industria Editorial e incluso quienes se sostienen de la venta de best-sellers han anunciado recortes de personal, baja en el número de novedades, alzas de por lo menos 30 por ciento...

Máquinas y refacciones, negativos y tintas, los insumos importados son suficientes para afectar decisivamente los costos de la industria librera. El papel, como hace doce años va por encima de la inflación, sin despegarse del monto devaluatorio.

La prensa misma se transforma al toque de la crisis. Subieron 50 por ciento los precios de diarios y revistas. Desapareció Summa. El Nacional canceló el suplemento Lectura y el dominical, La Jornada y Reforma disminuyeron el espacio dedicado a los suplementos culturales.

Meses antes de la devaluación, el Grupo de Economistas y Asociados preveía un año tétrico para la industria del libro en México. En esta columna resumimos aquel estudio, cuyo principales items valdría la pena consignar nuevamente: se preveía 4.5 por ciento de retroceso en la industria y un déficit comercial que llegaría a 18 por ciento. A ello contribuirían diversos factores: altos costos de papel y otros insumos, falta de créditos blandos e incentivos fiscales, así como la baja productividad de los trabajadores mexicanos, debida, sobre todo, a la falta de capacitación de impresores y editores.

Las predicciones se quedarán cortas ante el desenlace económico de 1994, y también aquí el "efecto tequila" llegará más allá de nuestras fronteras. Los editores españoles, norteamericanos y de Sudamérica tenían en México uno de sus mercados principales; con la devaluación esos libros estarán fuera del alcance del lector que hace todavía algunos meses solía adquirirlos; así, la proyección del 18 por ciento en el déficit comercial de la industria tal vez se reduzca, pero hablando de lectura eso no es para celebrarse.

Ante el ennegrecimiento de las expectativas se ha acrecentado la insistencia de algunos editores en que el Estado se retire de la producción editorial, dejando a aquéllos esta tarea —y por supuesto, las ganancias correspondientes.

Peregrina idea, por decir lo menos, en un país como el nuestro, donde la carencia de sólidas instituciones culturales y de una industria editorial fuerte —preocupada y activa por el fomento a la lectura—deja a los lectores aún más inermes ante la crisis. La idea también es tramposilla. Muchos de los pocos editores que plantean eso se han beneficiado enormemente de los planes editoriales y de difusión cultural del Estado.

Como sea, los más afectados serán los lectores: no sólo por el aumento en el precio de los libros, sino y sobre todo porque su salario se verá reducido. Los lectores mexicanos... quienes se puedan hallar en esos 3 millones de universitarios, en las 400 mil personas que habitualmente leen un libro...

Para quienes aún dudaban de la falta de lectores en México no hay sino que remitirse a los datos que publicó Sergio González Rodríguez en El Ángel, suplemento cultural del diario Reforma, en noviembre de 1994: en el DF casi la mitad de sus habitantes adultos no leyó un libro en el último año; y en un conglomerado de casi 20 millones se estima un público interesado en la cultura, al grado de comprar libros, de sólo 850 mil adultos.

Más escalofriante todavía resulta la encuesta realizada entre 800 capitalinos y publicada por el mismo diario el 12 de febrero. Ninguno de los encuestados dedica su tiempo libre en días hábiles a leer libros, y sólo 9 por ciento lo hace los fines de semana; la tv ocupa casi 50 por ciento de las preferencias en ambos casos.

Pese a que la mitad de los encuestados afirmaba leer libros, cuando las preguntas se cruzaron emergieron cifras más reales: en el momento de la entrevista sólo el 29% decía estar leyendo un libro, pero sólo 2.3 y 1.5% recordaba un libro comprado el año anterior, y podía citar el que más le había gustado, y nada más 9% de la muestra respondió algún título cuando se le preguntó por el último libro adquirido.

Si regresamos al exiguo gasto en educación, cultura y ciencia de años anteriores, a la miseria económica habrá que agregarle un empobrecimiento cultural irreversible, una tara informacional definitiva. Es imprescindible revertir los efectos negativos de la crisis dedicándole recursos al fomento a la lectura. El esfuerzo debe ser del Estado y de los editores privados para que en algunos lustros podamos contar con consumidores culturales libres y reflexivos, y evitar que la crisis nos arrastre a la ignorancia y al aislamiento cultural.

